

HAITI: CRISIS Y RESISTENCIA

Rony Smarth

La caída de Duvalier en febrero de 1986 fue una grata sorpresa a nivel mundial y en especial para el continente latinoamericano. Por las mismas fechas caía también, en Asia, Ferdinand Marcos, otra estirpe de una vieja escuela de regímenes autoritarios, juzgada como obsoleta. El optimismo surgido a raíz de estos eventos hizo pensar que pronto sería también derrocada la dinastía más vieja de América, la de los Stroessner en Paraguay. De igual modo, se comentó que Pinochet, último representante de la nueva ola de dictadores en el Sur, tenía su barba en remojo y que no podría aguantar el vendaval de huelgas, bombas, manifestaciones públicas de toda índole que venía realizando en forma ascendente el pueblo chileno.

La caída de Baby Doc, pareció ser algo así como un regalo del cielo. Se dijo que la insurrección empezada en noviembre de 1985, tres meses antes de la partida de Duvalier, había sido totalmente espontánea, que no hubo organizaciones políticas detrás. En efecto, más allá de algunos conatos de rebelión y de manifestaciones de descontento ocurridos en los últimos años, el régimen parecía incólume. Jean-Claude ni parecía inquietarse. Tanto es así, que en 1984 hizo cambiar la Constitución, como lo había hecho su padre para, de alguna manera, asegurar el carácter hereditario de la presidencia vitalicia.

Después de la partida del dictador se habló de un duvalierismo sin Duvalier. Las fuerzas progresistas haitianas y del continente que habían depositado esperanzas en la instauración de un gobierno radicalmente distinto al anterior, cayeron en el desconsuelo. Hay una especie de desánimo respecto a la situación haitiana. El Consejo Nacional de Gobierno (CNG), dominado por los militares, se vio forzado a establecer fecha para elecciones presidenciales que se efectuarían recién a finales del año 1987. De repente, la situación parece volver a estancarse.

¿Quién llenará el vacío?

Impera en Haití una crisis política muy aguda, consecuencia de una crisis estructural que remonta del modelo de desarrollo implantado en el país desde la independencia, en 1804. Un factor de suma importancia en la crisis actual es la lucha por el poder de diversas capas de las clases dominantes y sectores medios. La caída de Duvalier significó la irrupción en la escena política de caudillos relegados del poder durante los 29 años de vida del fascismo o bajados del carro de la fortuna a medio camino. Esta situación no es nueva en Haití o en América Latina. Sin embargo, después de 29 años de monopolizar el poder y de reprimir arbitrariamente toda forma de organización social, no sólo aumentan de manera considerable los aspirantes a la rueda de fortuna sino que, la lucha política ocurre en un gran vacío de organicidad. Los diversos grupos y fracciones procuran ahora estructurarse y luchan afanosamente por ganar adeptos y espacio político.

Un elemento fundamental de la crisis es la entrada en escena de los grupos populares urbanos, lo que dificulta un arreglo sólo a nivel de cúpula. Estos sujetos, principales protagonistas del derrocamiento de Duvalier, reclaman la liquidación de todo vestigio duvalierista y la puesta en marcha de un programa de justicia social. Sin embargo, caído Duvalier, el blanco de sus reivindicaciones parece desdibujarse: aparecen atomizadas, sin un objetivo claro.

Se multiplican huelgas, tomas de carreteras, invasiones de terrenos, manifestaciones públicas de todo orden. Surgen formas embrionarias de organización popular como son los comités de barrio para la limpieza de las calles, o para resolver problemas de agua y electricidad. También emergen múltiples comités de carácter nacional, como el de Unión Democrática (KID— en creole: Komite Inion Demokratik), organización que agrupa varios otros comités de carácter más específico y aparece como el de mayor poder de convocar los sectores populares. También conviene mencionar el Comité de Vigilancia Patriótica, la Liga de las Mujeres contra la Tortura, la Federación de los Amigos de la Naturaleza, de tendencia ecologista, y múltiples asociaciones profesionales.

Pero las demandas de esas organizaciones todavía carecen de articulación e intencionalidad clara. En este ambiente, los diversos grupos o partidos políticos surgidos a la caída de Duvalier tratan de aprovechar la situación de confusión para traer el máximo de agua a sus molinos, recurriendo a todos los medios posibles: manipular los sectores populares, comprar personas con cierta influencia popular, sucia propaganda contra adversarios políticos, juego frenético de cúpula para granjearse la simpatía del ejército haitiano y del gobierno de los Estados Unidos... La burguesía y la pequeña burguesía acomodada, por supuesto sienten su se-

guridad amenazada. Como consecuencia de este clima, algunas empresas —en su mayoría extranjeras— han cerrado sus puertas, añadiendo un grano de arena al lastre del desempleo que ya rebasa el 60 por ciento de la población económicamente activa.

La Iglesia, ¿Desorientada?

La iglesia católica y protestante, pilar de la lucha antidualierista y principal fuerza a favor de la dignidad, da señales de fatiga. El esfuerzo desplegado en derroca a Duvalier parece haberla agotado. Hoy da visos de no saber qué hacer con la hegemonía espiritual y moral que todavía ejerce. Es más, un vasto sector se encuentra inmovilizado por el miedo: miedo de volver a caer en un régimen dictatorial, pero sobre todo, miedo a una revolución social que llevaría al poder a un gobierno de corte marxista.

Su discurso —todavía el más escuchado en el país— parece haber perdido fuerza para convencer. La iglesia se debate entre dos grandes valores: paz y justicia. Aferrada a la realización del primero, claramente descuida el segundo. En un país desgarrado por groseras desigualdades, pretende dar la misma ponderación a las dos normas.

Así, vuelve poco a poco a su conservadurismo histórico, sustentado en la *paz social*. No cabe duda de que esta actitud constituye hoy un factor de suma importancia en la crisis política del país. En efecto, ella aparece como la fuerza con mayor capacidad de suscitar un vasto consenso en pro de objetivos nacionales y democráticos. ¿Podrá la iglesia salir de nuevo de su letargo? ¿Podrán los sectores progresistas volver a conquistar la hegemonía en su seno, tal como ocurrió en la lucha contra Duvalier? La declaración de los obispos en el mes de abril, reclamando la reforma agraria, un programa de creación de empleo y otro de alfabetización, constituye un signo positivo. Hoy, sin embargo, se requiere tomar posiciones y acciones más audaces.

El Ejército Finge Neutralidad

La ausencia de una fuerza hegemónica provoca una suerte de empate claramente favorable al Consejo Nacional de Gobierno, presidido por el general Namphy. Hábilmente, este máximo representante de las “fuerzas armadas intenta dar una imagen de neutralidad al Consejo Nacional, a pesar de algunas *metidas de pata* de otros miembros. El Consejo abre la arena política a la lucha de los contendientes y busca manejar los hilos detrás de la cortina. Namphy pretende ser un perfecto prestidigitador, un demócrata que recurre a un discurso abstracto, patriótico. No responde concretamente a las demandas de ninguno de los bandos. Mientras observa, analiza el juego de fuerzas, hace pequeñas movidas en la dirección de-

seada y espera las reacciones. Se retracta si es necesario. Así, ha hecho concesiones y sacado algunos miembros del gobierno, lo que, de ninguna manera, significa el fracaso de la estrategia.

Al igual que el Consejo Nacional bajo la inspiración de Namphy, las fuerzas armadas intentan mostrar una política de neutralidad. No quieren comprometerse en acciones que podrían dañar su imagen, ya algo manchada. Buscan diferenciarse del siniestro cuerpo de los "Tontons Macoutes" y hacer olvidar su estrecha colaboración con el régimen de Duvalier. Así, tranquilamente replegadas en sus cuarteles, piensan poder maniobrar con más facilidad para colocar a su hombre. Las circunstancias actuales aconsejan más recato que el tradicionalmente mostrado. Hoy, esta operación presenta algunos grados de dificultad debido a la acentuación de la crisis política.

Resolver la situación significa encontrar un hombre que pueda conciliar el consenso. La operación realizada en 1957 para colocar a Duvalier mediante elecciones fraudulentas, es ahora más complicada. En las circunstancias actuales, una maniobra de este tipo significaría aplicar un nivel de represión superior al que utilizó Duvalier para eliminar a sus adversarios y acallar el descontento popular. Es decir, se tendría que aplicar un fascismo más duro que el que imperó con el régimen de Duvalier.

Actualmente, el gobierno de los Estados Unidos cuida no mostrar la cara. Tiene sus hombres de confianza en los altos niveles del gobierno y de las fuerzas armadas. A través de ellos, participa y busca diseñar una estrategia que asegure el ascenso al máximo puesto de mando de un hombre de su línea. El reciente cambio del embajador norteamericano por un político profesional, induce a pensar que la crisis es más aguda de lo que se podría pensar y que la estrategia de relevo de Namphy está todavía muy confusa. Ello puede explicar la táctica del Consejo Nacional de Gobierno de fijar las elecciones hasta finales de 1987, suponiendo que un año y medio es tiempo prudencial para encontrar una fórmula de salida.

El nivel de contradicciones sociales subyacentes en la crisis actual, ¿permitirá a Namphy y sus consejeros traspasar pacíficamente el poder a un *demócrata* de la confianza de Washington? Los sucesos de los últimos meses demuestran al gobierno lo difícil de contemplar la contienda desde el palco. La matanza por la policía de siete personas durante una manifestación frente a la tan celebre cárcel *Fort Dimanche* a fines del mes de abril, así como la huelga general realizada el 10 de junio bajo el llamamiento de un amplio espectro de agrupaciones y organizaciones políticas para exigir la renuncia de William Regala, miembro del CNG y de Leslie Delatour, ministro de Finanzas, con un saldo de varios muertos, indican una aceleración de la lucha social que puede obligar a una clara toma de posición antes de finales de 1987.

En este clima de total vacío político, ¿será posible un acuerdo entre las diversas facciones que se disputan el poder para una solución temporal o la crisis? Las clases subalternas, que han hecho algunos avances en su estructuración, ¿alcanzarán un nivel de organicidad suficiente para imponer una salida favorable de largo plazo a los intereses populares? Aunque la coyuntura política internacional en América Latina parece no prestarse a una intervención directa de los Estados Unidos, Reagan, una vez más, ¿desafiara la opinión mundial para mandar a los *marines* a Haití? Su terquedad para derrocar al régimen sandinista en Nicaragua, a pesar del clamor continental e internacional en favor de una solución negociada, hace pensar que no descarta esta vía.

De todos modos, la profundidad de la crisis haitiana es tal, que volverá a surgir con más fuerza, independientemente de las soluciones de hecho y de los arreglos de cúpula. Una resolución definitiva implica un cambio drástico en las actuales reglas del juego.

Impacto de la invasión norteamericana

Haití nunca conoció la fase de sustitución de importaciones que se dio en muchos países de América Latina y del Caribe. Un análisis de la evolución económica haitiana muestra que el país nunca desarrolló una infraestructura industrial propia. El desarrollo industrial se dio a partir de 1971 a través de la instalación de empresas norteamericanas cuyo único propósito era beneficiarse de una mano de obra irrisoriamente barata. Son las famosas *maquiladoras*, productoras de bienes como las bolas de ping pong o de béisbol. La economía haitiana sigue siendo fundamentalmente agrícola, con cerca del 80 por ciento de población campesina.

Algunos analistas como Gerard Pierre-Charles y Suzy Castor —los primeros en plantear de manera sistemática la noción de crisis—, sitúan el origen de la crisis política haitiana a partir de la ocupación norteamericana que va de 1915 a 1934. Los norteamericanos intentaron modernizar la economía y el sistema político haitiano. Desarrollaron programas de tecnificación agrícola, crearon un sistema fiscal y aduanal moderno, adiestraron una burocracia en los métodos de eficiencia de la administración pública norteamericana, etcétera. Junto con lo anterior, dejaron una guardia nacional moderna al igual que hicieron en Nicaragua.

La invasión norteamericana significó la formación de una *élite* en su mayoría mulata para dirigir el país. En el campo, la estructura agraria se volvió más concentrada al crearse grandes plantaciones norteamericanas principalmente en el norte del país, que implicaron expulsar cente-

nares de campesinos de sus tierras, dando lugar a la rebelión campesina (1916—1920), dirigida por Charlemagne Peralte. El movimiento nacionalista surgido a raíz de la ocupación norteamericana y dirigido principalmente por intelectuales de la pequeña burguesía, estalló doce años después de la desocupación, en lo que se ha venido en llamar la Revolución de 1946. Fracciones de la burguesía y de la pequeña burguesía negra marginadas del poder desde la invasión norteamericana irrumpen en la escena política y organizan una huelga general que fuerza la renuncia del presidente Elie Lescot.

Duvalier: Solución de Fuerza.

A partir de 1946, se incorporaron nuevos pretendientes al reparto de un pastel cada vez más chico, analizando así la lucha por el poder. En 1950 el ejército resuelve fácilmente la contienda al colocar en la presidencia a su hombre fuerte, Paul Magloire.

En 1956, Magloire intenta reelegirse, produciendo un estallido social que significó la entrada en escena de las capas populares marginadas de Puerto Príncipe, bajo el liderazgo del profesor populista Daniel Fignolé. La lucha entre diversas fracciones se exacerbó y el ejército intervino manejando el proceso electoral para colocar en el sillón a Francois Duvalier, político que participó en el movimiento nacionalista contra la ocupación norteamericana y posteriormente en la “revolución de 1946”.

Duvalier había trabajado como médico durante mucho tiempo en la misión norteamericana para la salud y, a pesar de su curriculum nacionalista, fue el hombre designado por los norteamericanos y las fuerzas armadas. Los primeros, por conocerlo muy de cerca, confiaban en su lealtad. Los segundos, vieron en él un político tímido, de poco talento y fácilmente manejable. Sin embargo, este hombre de apariencia modesta y humilde, conocía muy bien la historia del país; se percató que dada la grave crisis política y económica, sólo con la violencia podía estabilizarlo en beneficio de sus propósitos oligárquicos.

Su nombramiento fraudulento provocó la reacción negativa de amplios sectores de la población, principalmente en los barrios populares de Puerto Príncipe. Con la ayuda del ejército y de su propio grupo de matones (que posteriormente pasaría a formar el cuerpo de los milicianos conocidos como *Tontons Macoutes*, Duvalier desató una represión implacable contra todo tipo de adversario. Más de tres mil partidarios del líder populista Fignolé fueron liquidados en los barrios populares de la capital.

Los dirigentes políticos de la oposición fueron violentamente perseguidos, debiéndose la mayoría ganar el exilio. Varios de ellos resultaron

mueritos. Papa Doc emprendió también una tenaz lucha contra el movimiento sindical y estudiantil y clausuró todo tipo de organización gremial. Persiguió a todos los elementos del clero que manifestaron algún desacuerdo con su política y obligó al Vaticano —con el cual Haití tenía firmado un Concordato— a nombrar sólo a elementos de su confianza en la alta jerarquía de la Iglesia Católica. Posteriormente, con ayuda y asistencia norteamericanas reestructuró al ejército y transformó los *Tontons Macoutes* en un cuerpo profesional, dotado de una estructura orgánica y preparación militar. Así fue solucionada, durante 29 años, la crisis política que atravesaba la sociedad haitiana.

Hoy, derrocado Duvalier, la crisis vuelve con mucho más fuerza.

Crisis de Profundas Raíces

La conexión entre la crisis actual y modelo de modernización excluyente, impuesto al país por la invasión norteamericana, es indudable. Sin embargo, cabe intentar ahondar más en las raíces del fenómeno. La invasión norteamericana de 1915 ocurre en un momento de fuertes tensiones sociales y políticas que sirvieron de texto al desembarco de los *marines*. En efecto, de 1908 a 1915, el sistema político haitiano fue violentamente sacudido por una serie de cambios de jefes de Estado. La lucha entre facciones alcanzó su apogeo. La situación económica era verdaderamente catastrófica: los campesinos del Norte, los temibles *cacos*, con una larga tradición de rebeldía, se armaron y entraron en la capital.

Es evidente la anterioridad de la crisis del sistema político haitiano al año 1915. La invasión norteamericana al extremar la concentración del poder económico y político en un pequeño grupo privilegiado, claramente reforzó y consolidó los factores estructurales de la crisis.

No pretendemos un análisis del complejo de factores que inciden en la crisis de la sociedad haitiana. Varios de ellos son comunes al conjunto de los países de la región, en particular su dependencia. Quisiéramos tan sólo hacer algunas acotaciones respecto a dos fenómenos que, a nuestro juicio, adquieren mayor relevancia en el caso de Haití:

1. Desde la Independencia, los dirigentes políticos negros y mulatos, ex esclavos, se esmeraron en imitar y hasta rivalizar con las potencias coloniales. Contra el racismo de los colonos había que demostrar la capacidad de los negros, pero según los mismos cánones de los imperios europeos. El caso más evidente fue el reino de Christophe, quien hizo construir castillos, instauró una corte imperial al más puro estilo de la nobleza francesa. Esta hegemonía cultural e ideológica facilitará el proceso de penetración del capital extranjero y va a constituir una especie de trauma

que marcará fuertemente el destino del pequeño país, surgido a la Independencia después de tres siglos de un régimen esclavista. Obnubilados por la ideología del progreso, las capas dirigentes intentaron forzar a las masas negras a adoptar un modelo de civilización, distinto a su propia cosmovisión.

2. Muy relacionado con el primer punto, la sociedad haitiana va evolucionar en un proceso dialéctico de lucha entre formas coercitivas por parte de la oligarquía versus la búsqueda de mecanismos de liberación y de refugio por parte del pueblo. Este proceso nace de la misma colonia. Es bien conocida la historia de los cimarrones durante la época esclavista. Con la independencia, la oligarquía haitiana impuso un régimen semi-servil a la gran masa de ex esclavos. Como ejemplo de ello están los diversos códigos rurales dictados desde la independencia. Tal como lo muestra Paul Moral en su libro *El campesino haitiano*, éstos han constituido verdaderas reglamentaciones policíacas destinadas a perpetuar el régimen servil en el campo.

Sociedad de Cimarrones

Frente a ello, el pueblo haitiano, ayer como hoy, ha inventado formas genuinas de resistencia que van desde la fuga a las montañas hasta las formas más sutiles de sabotaje. Moral explica cómo, a través de la historia, mediante formas legales e ilegales, el campesino ha librado una sistemática batalla contra la gran propiedad y en favor de su derecho a poseer un pedazo de tierra, garantía de su libertad. Así, ha llegado a transformar el país en un verdadero mosaico minifundista. De igual forma, frente a la imposición de normas culturales ajenas a su propia cultura, como son el francés y el cristianismo, ha desarrollado formas inéditas de sobrevivencia de su propia cultura a través de un proceso dialéctico de asimilación/rechazo, adopción/repulsión, dando lugar a su propio idioma, el creole y a su propia religión, el vodú.

Allí radica una de las causas básicas de la crisis de la sociedad haitiana. El autoritarismo del Estado y las oligarquías ha producido una constante de las mayorías nacionales. Estas nunca se han sentido partícipes de un proyecto nacional. Más bien, frente a los mecanismos coercitivos, la sociedad haitiana se ha disgregado, atomizado, ha preferido vivir en miles de escondites, dificultando así la labor de explotación sistemática por parte de las capas oligárquicas.

Ello evidentemente produce un desperdicio incalculable de energías para el desarrollo del país. Mientras subsistan estas descaradas formas de dominación, el pueblo haitiano seguirá esquivando su participación y boicoteando los esfuerzos de la minoría en pro de su proyecto antipopular y extranjerizante.

En los últimos años, algunos investigadores como Lahennec Hurbon, Jean Casimir y George Anglade, han empezado a rastrear de manera sistemática las múltiples formas de resistencia y creatividad libertaria del pueblo.

La crisis de la sociedad haitiana tiene sus raíces en el sistemático e histórico divorcio estado-sociedad civil. Su resolución implica inevitablemente aprovechar las inéditas manifestaciones de creación de más del 80% de la población.